

Anillo Encarnado

Alvin G. Salinas Valle

1

EL ABUELO fue otro de los habitantes de Santo Domingo tomado de sorpresa cuando se dejaron caer «los pedrones», una tarde lluviosa del mes de junio de 1931. Pero logró salvar su leontina.

Entusiasta hasta la temeridad, confiado en las posibilidades y bondades del género humano, don Mamilio Valle, por nombre y apellido de ascendiente hondureño, no daba crédito al rumor (ya desde esos tiempos utilizado como arma psicológica para la manipulación de masas, sembrar la zozobra y desestabilizar gobiernos) de la peligrosidad de un inminente asalto a la población y al mineral de El Jabalí por las tropas del general Pedro Altamirano. Menudeaban las holas de los destrozos que «los pedrones» habían hecho en La Grecia y en otros minerales del norte. Se comentaba entre los políticos locales que jefes y soldados revolucionarios eran de la creencia que todos los cheles que trabajaban en los minerales eran gringos, o machos, como se acostumbraba llamarle a los intervencionistas.

Llegada la hora de la verdad, los miembros del poder local huyeron de la población, menos el abuelo. Quizá sin proponérselo, con su consecuente actitud, emulaba—ciento treinta años después— a su ilustre antepasado, José del Valle.

Asumió entonces las riendas de la municipalidad,

Como cabeza visible de la Alcaldía, el abuelo tuvo el privilegio que fuese el propio General Irfas, con tres miembros escogidos del Coro de Angeles, quienes lo visitaron para comunicarle su arresto incondicional. No se fue solo. Junto con Miguel Angel y Rodolfo, sus dos hijos mayores, hechos presos los condujeron a El Jabalí, donde estaba el grueso de la tropa y el resto de prisioneros.

2

Ese misma tarde había entrado a la población una partida compuesta por doce mulas y dos yuntas de bueyes cargadas con mercadería del rico comerciante de La Libertad, Francisco Haffner, quien tenía una sucursal de su tienda en Santo Domingo.

La abarrotería de Haffner contaba con todo lo necesario para satisfacer el gusto y el modo de vida de los numerosos europeos que por varias generaciones trabajaban en los minerales de la zona o se dedicaban ahora a labores agrícolas o ganaderas.

Por órdenes del General Altamirano se decomisó la mercadería y se llamó al pueblo para la repartición.

La regancia en las calles lodosas era notoria. Restos de cajas de madera, donde venían debidamente embaladas del viejo continente o de Estados Unidos las latas de kerosene marca «El Capitán», yacían tiradas en los corredores de tambo y en las

pedregosas calles; también los empaques inservibles de los rollos de lona, mosquiteros, capotes, galletas de soda gringas «El Sol», biscochos ingleses «Biscuit». Lo más necesario y valioso para la campaña en la manigua fue escogido por los jefes y la tropa. Variadas poterías eran despreciadas por el destacamento, consideradas «comida de machos». La pobretería fue invitada a apropiarse de los restos del cargamento de Haffner: encurtidos Morton, salsa Lea Perrins Sauce Worcestershire, petit pois Del Monte, carne del diablo, mantequilla lavada, pastas y quesos italianos. Y paro de contar.

3

Atrás quedaba el jolgorio de la repartidera mientras los tres captores «arreaban» al abuelo y a sus hijos camino a El Jabalí, por la ruta de La Calzada. El más arrojado de la tropa, un mozalbete de unos dieciocho años, de mirada penetrante, observador de todo detalle nuevo que descubría, se percató del anillo del abuelo.

—¿Cómo dijo que no usaba oro? ¡Sáqueselo!—, increpó el miembro del Coro de Angeles.

— Es el anillo de mi casamiento—, dijo el abuelo a la vez que hacía la mueca de esforzarse por desprender de su anular la joya.

— No me sale. Está encarnado—, agregó.

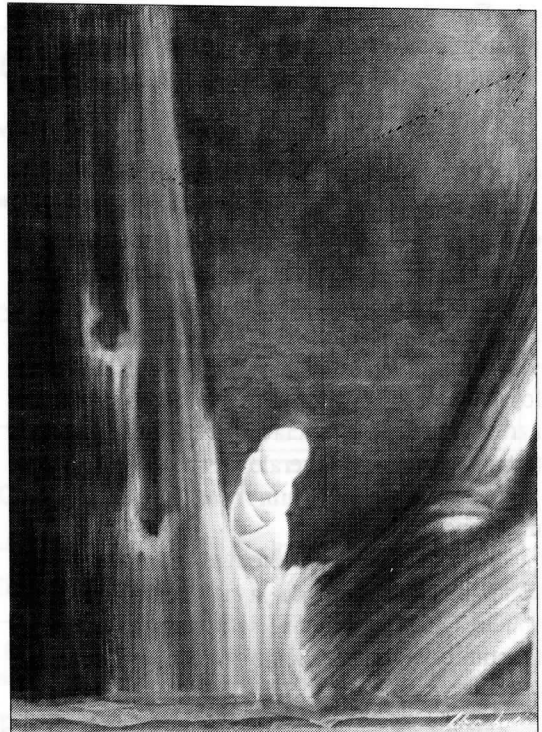
El rostro moreno del abuelo se enrojeció mientras contenía la respiración cuando forcejaba con su dedo, tratando de hacer deslizar el aro. Tal pantomima, ejecutada a la perfección, convenció a su captor. Pero no se imaginó que el adolescente encontraría otro método más expedito para solucionar su dificultad. Desenvainó su cutacha, cuyo doble filo apenas destalló con los últimos y débiles rayos de sol de la tarde lluviosa de junio, y tomán-

dole la mano lo condujo a la orilla de la calzada, en busca de un prendedizo que le sirviera de base para la operación de corte.

—Así sí le va a salir— dijo, al tiempo que con un ademán inconfundible, machete en ristre, terminó de explicar el método a utilizar.

Entonces el abuelo, con un ademán violento, que hizo trastabillar al jovencito, liberó su mano y en fracciones de segundo logró desprender de su dedo la prenda solicitada.

—Es que se me había encarnado—, explicó el único alcalde de un día que figura en los anales de la historia del municipio de Santo Domingo de Chontales. □



"Retoño"